

# Laín Entralgo y su visión del «98»

Para el ser humano es mucho más fácil encontrar la paz de los sentidos que la de los sentimientos.

**Giovanni Arpino**

Si tal ocurre, la verdad sobre todo, que yo la verdad de mi sentir digo.

**Pedro Laín Entralgo.**

La palabra escrita me enseñó a escuchar la voz humana... En cambio, posteriormente, la vida me aclaró los libros.

**Marguerite Yourcenar.**

El libro de Pedro Laín Entralgo *La generación del 98* acaba con un «Epílogo en tres tiempos». En el segundo de ellos, titulado «Quod erat demonstrandum», el autor resume el propósito de su trabajo: «con mi libro me he propuesto demostrar a mi modo, que el grupo de escritores habitualmente llamados del 98 constituye una verdadera generación española y literaria».<sup>1</sup>

Muchas palabras se habían pronunciado y mucha tinta había corrido antes de la aparición de esta entrega que Pedro Laín hizo en la primera coda de su producción ensayística, pero las conjeturas sobre la existencia y sobre todo la denominación y homogeneidad de esta generación seguían siendo múltiples y variadas. Fue Laín Entralgo el primero que se propuso, en un trabajo serio y extenso, la comprobación definitiva de la existencia de una generación llamada del 98, trabajo que representa un paso gigantesco hacia esa verdad que hoy, gracias a él y a otros eruditos, admitida como algo indiscutible. Existe una generación literaria en España llamada Generación del 98. No olvidemos que el libro de Laín vio la luz en 1945, cuando el tema estaba aún candente y se discutía con vehemencia su veracidad. Si no recuerda mal el que esto escribe, tres miembros de aquella generación estaban aún entre nosotros, Menéndez Pidal, Azorín y Pío Baroja, el último de los cuales siempre se había negado a ser encasillado en una generación en la que no creía y a la que llamaba «generación fantasma», rechazando de plano la existencia de un grupo unísono y de un espíritu generacional. Como él, Unamuno y otros, tampoco estuvieron de acuerdo ni con la denominación ni con la pertenencia y de ello dejaron constancia en sus escritos. A pesar de todo, Laín Entralgo continúa en el capítulo mencionado adentrándose en el

<sup>1</sup> Laín Entralgo, Pedro, *La Generación del 98*. Madrid 1945, primera edición, p. 452. (Todas las citas de este trabajo referentes a esta obra se harán de acuerdo con esta primera edición.)

propósito que le guía, y después de hablar de «instancias históricas», «aceptación del mundo que les tocó vivir», «coincidencias y rechazos», se plantea la cuestión definitiva: «¿Qué parecido existe entre todos los modos individuales de aceptar, rechazar, crear, proyectar y soñar?»<sup>2</sup> Es decir, ¿existe de verdad una generación? El mismo se contesta: «En las páginas precedentes, creo haber dado respuesta a todas las interrogaciones anteriores referidas al grupo de escritores llamados del 98, y a lo que de español hay en sus vidas. Con cuantas lagunas e imperfecciones se quiera, creo haber descrito la “biografía” de un parecido generacional entre los literatos que constituyen el grupo del 98».<sup>3</sup> Sobre esta afirmación va a versar el trabajo que nos ocupa.

Sin embargo, antes de entrar de lleno en el mismo, nos gustaría hacer un inciso que de algún modo con él se relaciona. Dos palabras llaman la atención en los párrafos citados: *española* en el primero y «*biografía*» en el segundo. La hispanidad de los hombres de la Generación del 98 fue patente a lo largo de su vida y a lo ancho de su producción literaria. Al demostrar que existía una generación literaria apodada, tan significativamente, «del 98», quedaba implícitamente demostrada su condición de española y aceptada a priori su hispanidad, condición *sine qua non* para existir. Casi no hizo falta que hablaran en sus libros de España, pues todo en ellos fue España. Ocurre como cuando se habla en poesía de poetas y poemas dedicados a España y se incluyen sólo aquellos que exaltan la patria, mencionándola con nombre y dos apellidos. Es injusto. El poeta que canta el paisaje que le vio nacer o cualquier otro adonde le llevó el amor por el conocimiento de la geografía nacional está también cantando a la patria, haciendo patria, aunque no la exalte o la mencione de un modo específico. El mismo concepto es válido para todo creador. El 98 y España son sinónimos, y su españolidad se hace patente con su denominación. Ahora bien, creo que la validez de esta afirmación se basa en el estudio del profesor Laín y quiero hacer constar que la idea no resta ningún valor al libro, ya que, al contrario de lo que parece indicar su autor, este no está sólo basado en la hispanidad de los del 98.

La tesis es sólo el fundamento del que parte el historiador-biógrafo, pero el proyecto llevado a cabo se extiende, y en él se incluyen todos los temas de importancia que ocupan el pensamiento de los hombres cuya labor estudia, hasta el extremo que será difícil trazar una «biografía generacional» más completa. Quizás el profesor Laín estaba en el año 1945 muy preocupado, y con razón, por España y esto le llevó a encauzar su investigación hacia esos parámetros, hacia esa cima. Terminado el libro, le escribe a su amigo y compañero de anhelos Dionisio Ridruejo una carta que le sirve de prólogo y en la que insiste en el tema. Iniciando un círculo, que ya hemos visto como termina, le dice: «En el estudio del parecido generacional he dirigido mi atención muy preponderadamente al que existe entre todos ellos por su condición de españoles y he abandonado con exceso al que les distingue por su condición de literatos».<sup>4</sup> Yo me pregunto: ¿Pero qué otra cosa podía hacerse? No tiene por qué pedir excusas el historiador. El objetivo queda cumplido con creces y la tesis probada tanto como probarse

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 453.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 453.

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 14.

pueda. Se intenta el trazado de «una biografía del parecido generacional» y no un estudio literario, y en mi modestia me atrevo a decir que ni el profesor Laín ni nadie podía dibujar una «biografía generacional» del 98 si no era basando sus apuntes en el tema de España. Otro empeño hubiera sido inútil; y esto me hace abundar en el pensamiento antes expuesto sobre la españolidad del «98». Las coordenadas que rigen el ideario de los hombres del 98, exceptuando su gran amor a la patria, son distintas y no es fácil compaginar dioses tan distintos como los de Unamuno y Baroja o visiones del amor tan alejadas como las de Azorín y Machado. Lo común era España y su circunstancia; el desastre, y de él tomaron su nombre y a enmendarlo dedicaron su anhelo y sus esfuerzos. Bajo esta impronta se agruparon. Hubo otras cosas comunes, pero como ya he dicho, tampoco el profesor Laín las ignora.

En cuanto a *biografía* (entre comillas) creo que consiste en un verdadero acierto del autor. Efectivamente, es una biografía (sin comillas), la que traza el historiador, una extraordinaria biografía de la generación del 98, en la que sin apenas datos cronológicos o anécdotas más o menos significativas (casi siempre menos) se nos entrega un magistral dibujo fina y perspicazmente trazado con las líneas decisivas que informan el pensamiento y el espíritu de aquellos hombres. La comprobación de la similitud de sus ideas, de la equivalencia de su filosofía, (determinante de su conducta), de sus sentimientos y de su expresión, un proceso creador común, la unisonidad temática, la misma actitud crítica representada por el rechazo unánime de lo que a ninguno de ellos les place, un proyecto similar, un sueño compartido ante el reto adverso, constituyen una biografía en la que se alcanza el objetivo a pesar de que la meta propuesta sea muy alta. Y la «vida» de la generación, al igual que la «vida de Don Quijote y Sancho» (creo que hay una similitud), llega hasta nosotros siempre llena de interés, penetrante y profunda con lógica claridad, alcanzando la culminación del proyecto. No es función vicaria la del erudito. Debo también mencionar que el profesor Laín se sirve para su estudio de un estilo que es el vehículo más adecuado para transmitir el resultado de su meditación. El dominio del castellano y la economía de medios lingüísticos, consigue que la vida espiritual del 98, llegue hasta el lector de manera apasionante y directa, sin que decaiga el interés en una sola de sus páginas.

Tal vez lo dicho nos ayude a definir lo que será el contenido de este trabajo. Esta biografía generacional sólo se puede trazar basándose en el hecho de que los biografados fueron un grupo de hombres con ideas básicamente homogéneas y que una serie de características comunes de muy variada índole les definieron, marcando su pensar y su crear y originando una visión igualitaria, de lo que meditan y contemplan. Recopilar estas características constituye mi objetivo primordial, basándome en el libro *La generación del 98* de Laín Entralgo, en la lectura de otros trabajos sobre el mismo tema y en las discusiones sostenidas en clase, siempre enriquecedoras, durante largos años con alumnos de distintas universidades de América del Norte. Después de destacar las que el profesor Laín descubre y estudia, las constataremos con las que nosotros hemos denotado durante todos estos años. Poco habrá que añadir, pero si algo añadimos habremos aportado nuestro granito de arena; en caso contrario, también, pues quedará demostrado que Laín Entralgo, hace cuarenta años escribió un libro cuya tesis no ha periclitado. Queremos hacer patente que nuestra modesta aportación, además de servir como homenaje al director de la Real Academia Española, tiene como propósito

una función docente: el resumen. Resumir facilita la labor del maestro y esto es lo que intentamos, sobre todo en este caso, en el que creemos que es valioso y merecido. No olvidemos que fue Laín Entralgo quien primero levantó el aldabón y lo hizo sonar; después se produjeron las ondas expansivas cuya fuerza radica en aquel aldabonazo.

Firmada la entrañable y emotiva carta a su amigo Dionisio Ridruejo, Pedro Laín imprime sobre la primera página de su libro ocho citas en letra bastardilla, que parecen a dar la tónica del estudio que les precede. Los párrafos, aunque pueden estar relacionados con España, no mencionan de modo específico a la patria. Azorín, Baroja, Ganivet, Antonio Machado, Ramiro de Maeztu, Manuel Machado, Unamuno y Valle-Inclán nos hablan del sueño, del ensueño, de la ensoñación. Sobre el tema insistirá Laín a lo largo de su libro, desarrollándolo en toda su longitud y profundidad hasta llegar a concluir, con obvio acierto, que los hombres del 98 fueron grandes soñadores. Hacemos constar que nos parece una de las características esenciales de la Generación en la que se basa una gran parte de la creación literaria de sus componentes.

### El paisaje subjetivo

«Un paisaje y sus inventores» son las palabras que dan título al capítulo primero. El hombre Pedro Laín, en un recorrido por las cercanías de Madrid descubre, mirándolo con los ojos del alma, que el paisaje de Castilla la Nueva es «el paisaje más difícil y esencial de España». En su descripción el escritor logra descifrarlo, y con amor le arranca su secreto. La meseta, su cielo, el pueblo de Fuencarral «acostado como un galgo sobre la gleba», la espadaña de su iglesia, la luz de las cumbres de Somosierra, se rinden a su emoción dramática tamizada por una entrañable delicadeza amorosa que ilumina los ojos del «hijo del 98» hasta conseguir que su corazón se levante en vilo. Drama, ternura, amor, el Cid adusto acariciando la cabeza de una niña abandonada. Decir que el paisaje es esencial y difícil, incluir en él al Cid y tratarlo con emocionada y dramática ternura no es bajo concepto alguno el modo habitual del que se sirve un escritor para la descripción del paisaje. ¿Qué ha ocurrido aquí? Se trata de un paisaje anímico. El autor se apresura a decirlo «un trozo de naturaleza se ha hecho paisaje por virtud de la mirada humana, la nuestra, que le da orden, figura y sentido».<sup>5</sup> El párrafo justifica el título. Un paisaje no se inventa, se nos da creado, sólo queda observarlo y describirlo. El paisaje no tiene trama, carece de argumento. El 98 cambió las reglas y le dio sentido emocional a la naturaleza. Es decir, inventó el paisaje haciendo su propia lectura, una lectura distinta y personal, de lo que veía. Uniéndolo a los hombres que lo habitaron, a las hazañas que sobre él discurrieron, lo subjetivizó hasta convertirlo en el auténtico héroe de lo que podíamos llamar la novela histórica. La naturaleza castellana, por otra parte, le ayudó, pues poco había que describir en la parva meseta y su pobre geografía se sustituyó por los grandes hechos que un día protagonizaron sobre ella sus habitantes. La lectura del paisaje castellano fue una lectura patriótica y esperanzada; esperanza histórica en el héroe de ayer que se intenta resucitar y esperanza intrahistórica en el héroe de hoy que ha de retornarla a su pasada grandeza. Es el paisaje

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 25.

castellano visto en función de su amor a España, en función de una España deseada, noble y generosa, cuna y cincel de aquellos hombres que convirtieron cada uno de sus pueblos en un pedazo de historia, historia que hoy más que nunca necesita revivir la patria en ruinas. Los héroes castellanos siguen poblando la meseta, pues aunque murieron, en Castilla el paisaje es el cielo, por lo que jamás de lugar cambiaron. Nos lo dice Laín con palabras justas; «entre la pupila de los descubridores y la haz de la tierra que contemplan un sueño se interpuso; un ensueño inventado por su alma menesterosa y proyectado desde ella sobre el suelo castellano tan asenderado y a la vez tan virginal. Veían así la tierra porque con los gozos del alma la soñaban poblada de animadas sombras humanas: sombras recordadas de hombres que pasaron, sombras imaginadas de hombres presentes, sombras posibles de hombres futuros. Entre el ojo y la tierra creada por el alma contemplativa vive y tiembla un ensueño de vida humana; una idea de la historia que fue, un proyecto de la historia que podría ser». <sup>6</sup> El paisaje se ha convertido de realidad geográfica en proyecto histórico. No cabe mayor subjetivización.

## El reconocimiento

Antes de terminar el apartado que estamos estudiando da como de pasada un dato estadístico y cronológico que nos interesa reseñar «son todos ellos hombres cuya conciencia personal y española despierta y madura entre 1890 y 1905». Sabemos, pues, ya las fechas de sus triunfos iniciales, pero no nos dice nada de las de su nacimiento. Después, enumera los miembros de la generación, primero los cinco, a mi entender más representativos e importantes, de los cuales debo ocuparme en este trabajo: Unamuno, Baroja, Azorín, Machado y Valle-Inclán. Añade Menéndez Pidal y después no se olvida de los hombres que de alguna manera les preceden o suceden en el tiempo y las ideas. Se citan novelistas, poetas, filósofos, ensayistas, pintores y científicos, relacionados con la generación o que de algún modo se integran en ella. La lista es exhaustiva. Pienso que se omite un nombre: Manuel de Falla.

## La invención

El capítulo titulado «¿Generación del 98?» trata de la invención o designación, como se le quiera llamar, de este grupo de hombres con el nombre de «generación del 98». Acredita a don Gabriel Maura y Gamazo como el primer escritor que la menciona, aunque sin darle nombre. El segundo paso corre a cargo de Azorín que en un artículo publicado en el diario ABC el 19 de mayo de 1910, titulado «Dos generaciones» y en otro que vio la luz en el mismo periódico en 1913 con el título de «La generación del 98», recogido después en su libro *Clásicos y modernos*, la define y la bautiza con el nombre hasta hoy no sustituido. Como podía esperarse, surge la polémica y es Baroja, el eterno anti-conformista aún joven pero ya rebelde y quisquilloso, quien se alza con la protesta más airada. En cinco puntos excesivamente drásticos y no tan verdaderos, se basa para negar

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 26.

tajantemente la existencia de dicha generación, a la que llama «mítica» y, como ya hemos dicho, «fantasma». Unamuno ¡cómo no! también se queja; los demás callan. Y la designación que apuntara Maura e inventara Azorín toma cuerpo, se afianza y consigue una aceptación que difícilmente adquieren los conceptos no genuinos. A hacer que esta aceptación sea más «pública», «ineludible», e «insustituible» colaboran las citas que Laín entresaca de la obra de Melchor Fernández Almagro sobre la generación en la que él también cree. Después, apoyándose en la tesis de Petersen sobre las características que deben ser comunes a un grupo de escritores para constituir una generación, cita de acuerdo con el poeta Pedro Salinas siete de las ocho mencionadas por aquél y que cree son aplicables a los hombres de nuestro grupo. Entre ellas están incluidas algunas de las más esenciales y que mejor les definen, por lo que recomendamos definitivamente la lectura de este apartado, del que damos un pequeño adelanto: «La cronología se completa al darse la fecha de nacimiento que se fija entre 1864 y 1875. Se afirma la homogeneidad de educación, declarando que todos fueron autodidactos (el profesor Laín, siguiendo el parecer de la Academia que hoy preside y que en la página 215 de su edición del *Diccionario de la Lengua Española* de 1927 tiene una entrada que dice: «autodidacto, adj. Que se instruye por sí mismo», llama a los escritores del 98 autodidactos; causa cierta extrañeza esta denominación, ya que en el uso general en cuanto a esta materia se refiere se les da el nombre de autodidactas, por otra parte refrendado por doña María Moliner en su *Diccionario del uso del español*. AUTODIDACTO-A (Se emplea la terminación «a» tanto para el masculino como para el femenino). Se aplica al que se ha instruido o educado por sí mismo, sin maestro o profesor. (Del griego autodidactus).

Se habla a renglón seguido de la relación personal entre los mismos, a la que yo llamo actos públicos realizados conjuntamente, y entre los que se cuentan el homenaje a Larra, la visita al Monumento del Soldado Desconocido y la comida de Aranjuez para celebrar la publicación de la novela de Baroja *Camino de perfección*. Seguidamente llega la mención de los actos históricos que influyeron en su vida y en su obra: el protagonista es el desastre, la pérdida de las colonias, que además de calificarles les atañe de un modo decisivo y les aglutina en un empeño: salvar a España. Toda generación literaria necesita de un caudillo ideológico que les conduzca y guíe. La del 98 no lo tiene entre sus miembros y lo busca fuera. La elección recae sobre el filósofo alemán Nietzsche, de influencia decisiva. Se precisa de un lenguaje generacional y se escoge el modernismo. A este respecto, no creo que exista un lenguaje o estilo común a los escritores del 98, y si existe está por descubrir, ya que el modernismo sólo se atisba en los comienzos literarios de Valle Inclán y Machado, que prontamente lo olvidan y cambian el cisne, bello y cosmopolita, suave e intrascendente, por el águila real, española y noble, que vuela alto y simboliza sus afanes. Pero sigamos. Habla Salinas ahora del «anquilosamiento de la generación anterior». Algo había de ello con honrosas excepciones, léase Galdós, Valera, Pardo Bazán. Pero lo importante, a mi entender, no es que existiera este anquilosamiento, sino que la generación del 98 así lo creía y pienso que la causa de esta creencia no fue el convencimiento sino la rebeldía y el afán de renovación. Algunas veces llegaron demasiado lejos en sus apreciaciones, como tan acertadamente dice el gran poeta Vicente Aleixandre en su «Encuentro» titulado «Don Benito Pérez Galdós sobre el escenario» hablando del autor de *Sor Simona*: «Figura casi sobrevivida que

había tenido que contemplar con silenciosa serenidad —el desvío— cuando no la mención agresiva de la generación que le heredara: la del 98 con esa ley de la a veces necesaria incompresión de las edades literarias, habían arrojado la primera piedra, y la poderosa figura, ya granito para mañana, la había recibido en el rostro sin mellarse (¡qué bien se ve hoy!) pero en medio de la completa indiferencia de los que entonces eran la fuerza viva de la literatura militante y también de los que lo serían mañana». <sup>7</sup> Resume Salinas diciendo que los elementos exigidos por Petersen como indispensables para la existencia de una generación se dan casi en su totalidad en los hombres del 98.

## La estructura

Pedro Laín va a darnos su opinión en el capítulo que titula «La Generación del 98 y su estructura». Declara: «El contorno de este grupo es siempre indefinido y por tanto más o menos convencionalmente trazado por el historiador». <sup>8</sup> Se trata de exponer «en primer término la quíntuple indefinición del grupo de hombres llamado del 98» o «las razones de los que creen abstracta y convencional la individualización histórica del grupo». «A continuación y más ampliamente se intenta mostrar cómo se define y constituye positivamente la famosa generación.» <sup>9</sup> No hace falta ser un lince para darse cuenta de que lo que en verdad le interesa al historiador es lo segundo. Así nos habla seguidamente sin demasiado convencimiento y menos entusiasmo de la Indefinición Geográfica que es obvia, la Indefinición Social que apenas existe en cuanto a ideas históricas se refiere, la Indefinición Cronológica que Azorín proclama abiertamente en cuanto a gustos y preferencias por los escritores pasados, la Indefinición Temática tan evidente en los del 98 y la Indefinición de la Convivencia en la que se afirma que «la relación personal entre alguno de los miembros del 98 fue muy escasa y apenas amistosa». A mi entender estas circunstancias a las que Laín llama indefiniciones se dan en cualquier grupo de escritores que puedan constituir una generación. Los componentes de cualquier generación, sobre todo si de escritores se trata, tienen una propia personalidad, la cual permite distinciones que hacen posible y necesaria la diferenciación. Y aquí, como dice el erudito, comienza el verdadero problema, «el problema central de la generación del 98». «Todos estos hombres son distintos entre sí y difieren en muchos aspectos vitales. ¿En qué consiste ese parecido histórico en cuya virtud puede decirse que todos ellos constituyen una generación?» Y se contesta de este modo; «voy a describir, en cuanto me sea posible, la biografía del parecido histórico existente entre los hombres del 98».

## Nacimiento y adopción

El capítulo trata de la relación que existe entre la visión que los del 98 tienen de su tierra nativa y la que nos ofrecen de su patria adoptada. Los hombres del 98 son, como ya sabemos, por nacimiento periféricos «hombres de confín, de finisterre». Laín,

<sup>7</sup> *Aleixandre, Vicente*, Los encuentros, «Galdós sobre el escenario». Ediciones Guadarrama, Primera edición, Madrid 1958, p. 158.

<sup>8</sup> *Laín Entralgo, Pedro*, La Generación del 98, p. 65.

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 65.

habiendo hablado ya del paisaje inventado de Castilla, extiende ahora su radio de acción y nos presenta dos facetas del paisajismo del 98: la que constituye el recuerdo del primer contacto con la tierra nativa y el descubrimiento del exigüe paisaje castellano al que magnifican «inventándolo». «A Castilla, nuestra Castilla, la ha hecho la literatura», dirá Azorín. Y Laín, tomando como apoyatura la frase que acaba de citar, remacha: «Los cantores del paisaje castellano son auténticos *descubridores* de Castilla y acaso por eso pueden ser inventores de una Castilla. Al estudio de la relación establecida entre aquel recuerdo y esta invención dedica el historiador sus esfuerzos. Se estudia el recuerdo, lo que con más facilidad recordamos, y «desde» qué situación biográfica lo recordamos para llegar a una afirmación categórica: «A los del 98 les ocurre como Unamuno diría de sí mismo: “El paisaje se le hace a uno alma”, y por ello no renuncian a ninguno de los que les tocó contemplar». El nativo, que no olvidan, es descrito tierna y nostálgicamente siguiendo, unas veces más y otras menos, los parámetros realistas; al adoptado (y aquí se insiste en lo anteriormente dicho) se les descubre por medio de la *Historia* y se le inventa viéndolo a través de la *Intrahistoria* (ya se hablará después de la Intrahistoria). El paisaje es, pues, un paisaje creado en función de los que lo habitan y por eso mismo sólo son favorablemente juzgados sus moradores cuando llegan a ser parte integrante de él, cuando, para usar la propia expresión de Unamuno «dejan de ser sujetos activos de la historia y se convierten en titulares de la intrahistoria». E igual que Unamuno, Azorín que «tal sea el más inventor de los inventores de Castilla» y Baroja, con sus «dos pequeñas patrias» de donde proceden sus inspiraciones literarias; y Machado, el gran cantor de Castilla, sin olvidar «el patio donde florece el limonero» e incluso Valle-Inclán, aunque sea éste el más entregado a su Galicia y no deje caer su mirada sobre Castilla muy a menudo. En el paisaje del 98 entra, pues, el hombre que lo habita y con el que no están conformes sus autores. He aquí el dilema. El paisaje es inmutable y no se puede cambiar; por otra parte, el hombre sí que ofrece una posibilidad de cambio, educándolo, reformándolo, mejorándolo hasta casi crearse un hombre nuevo, y ésta podía ser la solución. Así, es el paisaje habitado lo que les concierne. El hombre también es paisaje. Es preciso convertir el paisaje en hombre o por lo menos verlo en función del hombre y que así pueda servir al propósito reformador del que nace el 98. La misión de los escritores de postguerra es reconstruir lo que destruyó la guerra y el 98 es, en mi opinión, una generación de postguerra, pues llega a la palestra después del «desastre». Se da, pues, en nuestros hombres una conjunción del paisaje naturalmente recordado y el por necesidad adoptado. Laín Entralgo la define así: «En el paisaje de la provincia nativa —un paisaje remoto, transfigurado por la distancia y la nostalgia— están anclados los recuerdos infantiles de todos los escritores del 98. A ese paisaje se unirá luego otro descubierto y conquistado ya avanzada su juventud: el paisaje de Castilla. Estos dos paisajes, el provincial y el castellano, nupcialmente enlazados en las almas de todos, incitan en ellos, con rara constancia un sentimiento completo, en el cual se funden el gozo del descanso, cuando la tierra se ofrece desnuda e intacta, y una acerba desazón humana y española, cuando el hombre proyecta su sombra sobre la tierra».<sup>10</sup> Y este paisaje en el cual el hombre proyecta su sombra sobre la tie-

<sup>10</sup> *Ibídem*, p. 95.

ra, es el que en realidad prevalece y protagoniza la visión del «limo terrae» de los noventayochistas. Dos características más esenciales. Nacen en la periferia de España y aunque no se olvidan del suyo, descubren, cantan y adoptan el paisaje castellano. Y yo me pregunto hoy algo que parece ser Pedro Laín no se planteó entonces. ¿Por qué fue así? ¿Por qué se dio este raro fenómeno de forma tan unánime? No creo en la casualidad. A todo efecto le precede una causa y esta vez también prevalece la regla. El hecho del nacimiento en los límites de la patria tiene una significación decisiva en todas las facetas de su pensamiento y en especial en la muy importante de su concepto de patria. El factor es determinante para la tarea propuesta: la unidad de España. La idea representa, quizá mejor que ninguna otra, el espíritu del 98. España en su momento histórico necesita más que nunca de esta unidad en su geografía y sobre todo en su conciencia, en su pensar. Hay que apuntalar a la patria desde sus cuatro costados. Castilla no se basta ya a sí misma. Y puntales se levantan desde Vasconia con Unamuno y Baroja, desde Levante con Azorín, más allá de Despeñaperros surge Antonio Machado y de donde la tierra acaba y el mar se inicia, Valle-Inclán. Todos sienten la acuciante llamada y acuden presurosos a Castilla y en castellano hablan, escriben, piensan y sienten. Hay que olvidarse de la región por amor de la nación. El propósito se cumple y Castilla se convierte por amorosa adopción en la representación más genuina de la patria; y no por ello podemos llamarles traidores, pues ninguno reniega de sus factores étnicos, sino hombres capaces de olvidarse de todo lo que no fuera la unidad que con urgencia solicitaba la patria malherida. Así, no es la traición a la patria chica lo que les guía en su decisión, sino la fidelidad a la patria grande. Hay que esparcir una consigna común que debe expresarse en una sola lengua, pues el destino a cumplir a todos nos atañe. De aquí su innegable profesión de castellanidad y de aquí la necesidad de haber nacido fuera de ella para al ejercerla poner en práctica la imprescindible unidad que tal ejercicio implica. Testimonio de este amor a Castilla lo encontramos en casi cada una de las páginas de aquel grupo de hombres ilustres.

## El historicismo

Junto al paisaje la historia a la que sirvió de marco. Laín Entralgo inicia su apartado «El sabor de la historia» con la transcripción de un párrafo de Melchor Fernández Almagro que nos da una visión de España y su circunstancia fidedigna y ajustada a la realidad. Remito al lector a su obra *Vida y obra de Angel Ganivet*, en donde se inserta esta opinión. Perfilado el cuadro Laín lo contempla y surge enseguida, quizá por contraste, la comparación con la idea noventayochista. El resultado es la pregunta: ¿Podían los españoles de entonces despertar a la lucidez y aspirar a la eficacia? Deja el interrogante sin respuesta, apuntando que podría contestarlo afirmativamente, pero que no quiere «conjeturar eventos futuribles». Y añade «debo limitarme, por tanto, a percibir y denunciar que algunos españoles esclarecidos sintieron al menos la impresión de vacío, de flacidez que traía a sus almas su propia situación histórica de españoles. Esa impresión será expresada con distintos nombres; es la abulia de Ganivet, el marasmo que angustia a Unamuno, la «depresión enorme de la vida» que Azorín advierte, la visión machadiana de una España «vieja y tahir, zaragatera y triste», el inconsciente y alegre «suicidio lento» que con tan enorme tristeza —una tristeza de gigante ven-

cido— delata Menéndez Pelayo. «¿Qué tiene que ver el necio contento de aquellos españoles de 1885-1890-1895 con la ilusión grave y creadora de los pueblos acordes con su historia y con el tiempo en que viven?»<sup>11</sup> En lo escrito se enumeran los males de España: abulia, marasmo, depresión, vejez, tristeza, lento suicidio. Los del 98 meditan sobre una situación que hoy llamaríamos límite y luchan desesperadamente para acabar con ella. La tarea es ardua. La batalla no se gana tan fácilmente. Hay que buscar la raíz y el origen del mal. Y esto les lleva a remontarse a tiempos pretéritos. Ante la meta propuesta no queda más remedio que ponerse en contacto con la historia de una nación que ha dado como resultado un carácter racial y una situación negativa y absurda que se niegan a aceptar. Hay que enmendar las cosas, cambiar la situación a la que hemos llegado y para ello es necesario e imprescindible el estudio de la historia patria. Ahora bien, yo quisiera añadir que para servir a su propósito los del 98 han de ver y entender la historia de España de un modo «sui generis». La Historia es mezquina. Los noventayochistas no ven, o no quieren ver, la mezquindad de «su historia» porque no les interesa. Su objetivo se cifra en recordar y ensalzar los héroes de la tradición hispánica, el Cid, el César Carlos, el Quijote (que es también un personaje histórico porque ha vivido), en resumen: el Imperio con todas las virtudes que lo conformaron, nobleza, austeridad, inteligencia, honradez y valentía, trabajo y espíritu de empresa, virtudes de las que el pueblo español se había olvidado y a las que debería volver si quería salir del profundo atolladero en el que se encontraba. Como hemos dicho, la batalla no se gana, pero da sus frutos, alerta a los españoles y siembra la buena semilla que germina y da origen al árbol hoy aún vivo. Y gracias a esa alarma histórica mucho se ha adelantado desde la Restauración y la Regencia hasta nuestros días. La pregunta era inevitable y la respuesta sólo podía darla la historia, es decir, la raíz que sustenta el árbol. Los del 98, de un modo u otro, establecieron contacto con ella. Y así, por no citar lo más obvio, diremos que Machado pasa meditando la visión «gineriana» de la patria y Ramiro de Maeztu dando un giro amplio pero lógico, encuentra la auténtica base del historicismo del 98, no en los acontecimientos que vivieron, ni en los libros que leyeron en la escuela, sino en la misma vida agitada que les tocó vivir, y «sobre todo en las lecturas que escogieron. Ellas son las que permiten el comercio con la Historia Universal en curso a quienes habitan en países de escasa eficacia histórica».<sup>12</sup>

## Autodidactas

Lógicamente esta afirmación nos lleva a hablar del autodidactismo en el que insiste Laín. Según Unamuno el libro en España es más imprescindible que en otras partes. Se reafirma el escritor, que está en lo cierto, «aquí tenemos que suplir cada una de las deficiencias de la cultura ambiente y las deficiencias de nuestra educación; el español se ve obligado a ser autodidacto».<sup>13</sup> Es el único remedio. Para establecer contacto con el mundo, sobre todo con Europa, hay que leer, y todos ellos, sobre todo en su juventud, devoran con ímpetu

<sup>11</sup> *Ibíd.*, p. 100.

<sup>12</sup> *Ibíd.*, p. 112.

<sup>13</sup> Unamuno, Miguel de, «*Almas jóvenes*», *Ensayos*, I, p. 523. Citado a través de *La Generación del 98*, *ibíd.*, p. 113.

inigualable libros y más libros. El autodidactismo se va acentuando por dos razones: la falta de auténticos maestros y la necesidad de contactar con la cultura de los demás pueblos. La anécdota de Valle-Inclán es ya clásica; alguien pregunta: ¿Cómo es usted tan culto sin haber ido a la Universidad? A lo que el maestro, ceceando, contesta con agudeza «Por ezo, por ezo». Salinas, después de declarar su coincidencia con el autodidactismo, cita a Carlyle «la mejor Universidad es una buena biblioteca». Fernández Almagro, más explícito, apunta: «todos han leído los mismos libros extranjeros... los poetas simbolistas y los novelistas de naturalismo francés con el belga anexionado Mauricio Maeterlinc, un alemán de tan formidable empuje como Nietzsche, algún inglés como Wilde, los novelistas rusos recién descubiertos, un italiano tan sugestivo como D'Annunzio». <sup>14</sup> Me parece un descuido la omisión de Schopenhauer.

## España y Europa

Esta lectura de autores europeos da como consecuencia inevitable la necesidad imperiosa de la europeización de España, idea que ya anidaba en la mente de los hombres del 98. Respecto a estas lecturas, además de los testimonios antes citados, hay que añadir, según Laín, el de los propios interesados, y el historiador los incluye detalladamente dándoles la significación que merecen. Entra después en materia y centra el interés de los biografiados en tres géneros; la Literatura, antes que nada, la Historia y la Filosofía, materias esenciales en la formación del escritor. Dos notas predominan en estas lecturas; casi todas son «europeas y modernas». Así tenía que ser ya que europeístas y modernos eran los lectores ávidos de aprender, con una enorme curiosidad por desvelar los misterios de la ciencia, una ambición desmedida de saber, una gran preocupación por la estética y una eterna inquietud por conseguir descifrar el misterio de la belleza. Todo esto tiene un solo objetivo: la incorporación de España en la Europa moderna, «la total secularización de la vida» que por lo demás había empezado ya en el siglo XVIII. Profundizando el profesor Laín, estudia lo que estas lecturas muestran a sus sensibles lectores y habla de la «estremecedora gigantomaquia» de la Europa moderna en torno a la autarquía del espíritu humano: «mi naturaleza y yo contra todos». «Razón y vida han sido históricamente los dos motes sucesivos de una misma pretensión; la pretensión que el hombre ha tenido y sigue teniendo de bastarse a sí mismo en la tarea de hacer su propia vida.» <sup>15</sup> Pretensión de los hombres del 98 que a su vez comparten los escritores europeos, y que haciéndola extensiva a la patria, consideran que podría ser el remedio a la parafernalia de los males que la aquejan. Integrarse en el concierto europeo sin perder la propia personalidad, bastándose a sí misma en la tarea de alcanzar sus objetivos. Es la peculiar y, por lo mismo, soñada europeización de España, fundamental en el pensamiento del 98.

## Las vías de Dios

Este razonar sobre las lecturas de los «modernos» maestros europeos que les lleva al positivismo, la autosuficiencia y la europeización alcanza sus creencias religiosas. El bió-

<sup>14</sup> Laín Entralgo, Pedro. *La Generación del 98*, p. 115.

<sup>15</sup> *Ibíd.*, p. 121.

grafo se encuentra ante una de las facetas más interesantes que caracterizan el pensamiento de una gran parte de los escritores noventayochistas: el problema religioso. El siglo XIX llegaba a su fin y se había entrado de lleno en el período álgido de la decanación de las iglesias; esto aportó una mayor conflictividad al pensamiento metafísico de los intelectuales del 98, en absoluto ajenos al fenómeno. En realidad creo que se trata de un problema formal que no atañe demasiado a la esencia de la fe. Lo que en realidad se produce es la rebelión contra el dogma y el rito, que conlleva la separación de la ortodoxia y al abandono de la práctica católica. El hombre europeo finisecular entra en el nuevo siglo rechazando toda clase de intermediarios entre él y Dios, un Dios que él mismo, con ligeras variantes, se ha fabricado y con el que quiere hablar directamente fuera de todo credo o denominación. Pedro Laín, ante la papeleta que se plantea como escritor católico, llega a una conclusión que reza así: «Ningún católico puede justificar la disidencia religiosa de un hombre y menos aceptar los juicios que acerca de cuestiones religiosas emita ese hombre desde su situación de disidente». Esta aserción a la que él mismo califica de «categórica», y lo es, tiene una compensación, el envés de la hoja, en el concepto expuesto a renglón seguido, «ningún católico debe juzgar ligera y despiadadamente los problemas religiosos de un hombre cuando estos problemas parecen —basta con que parezcan— sinceramente vividos». Y cierra el discurso con un juicio, a mi entender controvertible. «Una disidencia religiosa es, desde luego, absolutamente *injustificable*, pero en modo alguno tiene que ser siempre absolutamente *ininteligible*.» Ignoro lo que opinará hoy en día el autor de *La espera y la esperanza* pero creo que a su juicio de entonces convendría darle otro matiz, quizás sólo de formulación. El auténtico católico no puede justificar las disidencias que la Iglesia rechaza, porque entonces dejaría de serlo, ahora bien, en cuanto a entenderlas, eso es harina de otro costal. Después del Concilio Vaticano, en el que la Iglesia admitió la posibilidad de encontrar ciertos valores, incluso en el error, creo que la frase «pero en modo alguno tiene que ser siempre absolutamente “ininteligible”», deberá ser sustituida por «pero sea cual fuera (la disidencia) tiene que ser siempre “inteligible”, aunque no por ello aceptada». La diferencia es pequeña, ya he dicho que era cuestión de matices, pero la apertura y el «aggiornamento» que la Iglesia consiguió con Juan XXIII nos inclinan a hacerla constatar. No sé lo que piensa hoy el hombre a quien rendimos homenaje. Laín no se escandaliza de la escisión religiosa del 98, sino que la justifica y la entiende en función del estado en que se hallaba la Iglesia española de finales de siglo. Y así habla por boca del Padre Oromi «religión decadente virtualmente practicada por un clero demasiado metido en política, sin vigor apostólico y con mucha ignorancia del credo que debía enseñar. Lo clerical y lo eclesiástico estorbanles más que los mismos dogmas». Y añade, alzándose contra la calumnia de los motivos personales, «no fue la corrupción de costumbres la que movió a los jóvenes intelectuales a abandonar el dogma católico, como se dice por ahí, muchas veces por pereza intelectual, o por simplificar la historia, sino una verdadera indigencia intelectual que se ha dejado sentir demasiado en el catolicismo español de los últimos siglos». <sup>16</sup> Resume su tesis el historiador: «los jóvenes

<sup>16</sup> Oromi, Padre, El pensamiento filosófico de Miguel de Unamuno, Madrid, 1943: pp. 48, 51. Citado a través de Laín Entralgo, ibídem, p. 123.

españoles pónense en ávido, fervoroso contacto lectivo con buena parte de la producción literaria europea y con otra, considerablemente menor, de la filosófica...; esos jóvenes inteligentes, sensibles, deseosos de vida eficaz y egregia terminaron con frecuencia apartándose espiritualmente —externamente también—, si el medio político y social lo permite, de la ortodoxia católica». <sup>17</sup> A continuación, con frases escuetas y acertadas, define la postura religiosa que caracteriza a cada uno de los hombres del grupo. Unamuno perpetuó «agonista y agonizante» en torno al problema de la inmortalidad, «cristiano dolorido y antidogmático». Azorín, «en el que a pesar de que escribió páginas de acerba crítica sobre la situación del catolicismo español... parece entreverse en su alma un deísmo sentimental y adogmático, un esteticismo religioso lleno de respeto por lo esencial del cristianismo y gustador de todo lo que el cristianismo tiene de bello, de consolador, de amoroso». Baroja con su «incontinencia anticlerical y anticatólica, abiertamente brutal y blasfematoria» pero en el que quizás «¿deberíamos pensar que late en el alma de éste, consecutiva a una verdadera crisis religiosa y bajo la espesa costra del anticlericalismo, cierta religiosidad vaga, un deísmo de tinte unamuniano?» Antonio Machado «agnóstico y jacobino, enemigo declarado de dogmas y ritos pero con honda preocupación religiosa, siempre buscando a Dios entre la niebla». Y el esperpéntico Valle estrafalario y figurón, «feo, católico y sentimental», que declara abiertamente «Yo creo que he estado siempre a bien con Jesucristo». Acaba el profesor Laín con un párrafo que da la tónica de su pensamiento: «Cualquiera que cada uno haya sido, a ninguno de ellos ha vedado la observancia de una vida honesta, sobria y limpia, así en el ámbito privado como en el público. Quede expresa constancia en este libro que sólo bajo el imperativo de la verdad y del amor se mueve». <sup>18</sup> Y verdad es que los hombres del 98 tuvieron problemas religiosos algunos de ellos —véase Unamuno—, vivos y acuciantes, que de manera decisiva influyeron en su vida y en su creación. Al final del capítulo, se aborda un tema en extremo interesante e intrínsecamente ligado al pensamiento de los noventayochistas: el conflicto entre razón y fe, entre razón y vida, que aflige a los hombres de la Generación y que constituye el meollo de su pensamiento. Laín aporta una serie de textos con los que apoya su tesis de que «para todos ellos la vida es superior e irreductible a la razón, el sentimiento superior a la lógica, la sinceridad más valiosa que la consecuencia». <sup>19</sup> Totalmente de acuerdo con él, quizás hoy podríamos añadir algo sobre el tema que ayudaría a esclarecerlo. Creo que nos encontramos ante los primeros brotes de existencialismo dentro del pensamiento español. Esta idea del ser existencial debió llegarles a través de las lecturas europeas que hemos mencionado, y en especial, de Schopenhauer, Kirkegaard y Heidegger, antes de que Sartre y Gabriel Marcel las hicieran asequibles al gran público en sus libros, artículos de divulgación y teatro. Con esto no quiero decir que sea el existencialismo la doctrina que preside el pensamiento del 98, pero sí que las ideas en las que ésta se basa, están, hasta cierto punto, expuestas y defendidas en el discurso y la meditación de nuestros hombres. A mi entender, la filosofía de Unamuno, Ganivet, Baroja y Ma-

<sup>17</sup> Laín Entralgo, *Pedro*, La Generación del 98. Primera edición, p. 124.

<sup>18</sup> *Ibíd.*, p. 131.

<sup>19</sup> *Ibíd.*, p. 133.

chado entronca con el existencialismo, aunque no se trate de un entronque de maestro a discípulo, sino más bien de la asimilación de ciertas ideas de los existencialistas alemanes. Ser es lo importante, y todo está en el hombre, piensan los del 98, y este pensamiento es, en lo esencial, existencialista, aunque no se someta de lleno al sistema filosófico que rige la nueva doctrina. *San Manuel Bueno, mártir*, el cura unamuniano amante sobre todas las cosas de la vida, el Andrés Hurtado barojiano de *El árbol de la ciencia* —afán de vivir llevado hasta el suicidio— y algunos poemas de Machado, tan conocidos como el de «Caminante no hay camino / se hace camino al andar», y su idea de la «otredad» son ejemplos claros de lo expuesto. Laín termina el párrafo antes citado, así: «Cuántas palabras expresan la actividad no racional de la vida humana, pasión, voluntad, sentimiento, sensibilidad inefable, se hallan estampadas con rara frecuencia en las páginas de los escritores del grupo». Quisiera dejar constancia de que se trata, según mi parecer, de un existencialismo «sui generis» a la española o españolizado, como españolizados fueron todos los «ismos» procedentes de centroeuropa, desde Erasmo hasta Krause.

## La crítica desde el corazón

Al referirse a las distintas actitudes tomadas por los hombres del 98 frente a su «rección estrenada España», escribe Laín, «todos comienzan negativamente por una violenta repulsa de la vida histórica española entonces en curso». <sup>20</sup> Una serie de razones, «sensibilidad aguda», «ensueños adolescentes», «contactos provincianos con la vida histórica española», «la experiencia de Madrid», a donde pronto llegan, «determinan en todos ellos una irritada disconformidad con la situación de España que contemplan y conviven». Ahora bien, ¿qué clase de crítica es la que ofrecen estos escritores?

He titulado este apartado «La crítica desde el corazón». Laín la titula «Amor amargo». Son conceptos similares con apenas alguna diferencia de matiz. Yo no veo a los hombres del 98 amargados, aunque sí pesimistas. Laín ofrece una justificación de su adjetivo; «los mozos del 98 critican con literaria ferocidad la vida española circunstante, pero esa crítica feroz —el adjetivo es del propio Azorín— tiene como supuesto su entrañable amor a España». ¿Y cómo es posible criticar ferozmente algo que se ama entrañablemente? La contradicción se torna veraz si pensamos que no critican la España que aman y con la que sueñan, sino la que tienen y con la que no están conformes. Escribe Laín: «Amaban a una España distinta de la que contemplaban; amaban a España porque no les gustaba la que veían, movidos por una evidente y utópica “voluntad de perfección”». <sup>21</sup> La hubieran amado de todos modos aunque está claro que el desencuentro con la España que les tocó en suerte actuó como revulsivo para declararle su amor traducido en una crítica que emanaba del corazón y que dejaba traslucir el anhelo de una patria, utópica o no, pero mejor que la que contemplaban. En realidad, amaban la España de siempre, que para ellos, y en el fondo para todos los españoles, era

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 164.

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 165.

la España pretérita, mas aún viva, que conocían a través de su Historia; ante la realidad totalmente distinta sólo quedaba la crítica enamorada. Patriotas y no «patrioteros», su patriotismo les llevaba a la crítica constructiva. Porque no sólo amaban a España, sino que la necesitaban. Todo ser humano necesita una patria, aunque no como la concibieron los «patrioteros» de siempre. Tampoco es suficiente el anticipo de una patria ultraterrestre. No. Hace falta una patria en la que el suelo, el trabajo, los amigos, las diversiones y el espacio espiritual confluyan en un todo natural y organizado, en una especie de cosmos propio. Y esto es lo que no encontraron los del 98 en la tierra en donde vieron la luz. A crearlo dedicaron sus más denodados esfuerzos. La disconformidad que siente el verdadero patriota ante la España «ajena» está causada por el amor que alberga en su corazón por la España propia. Así, en el caso de los noventayochistas, la causa de la crítica de la España heredada no es otra que el amor por la España deseada. Al fin y al cabo, siempre amor a España. Cita Laín Entralgo a través de Azorín: «Lo que los escritores de 1898 querían era, no un patriotismo bullanguero y aparatoso, sino serio, digno, sólido, perdurable. A ese patriotismo se llega por el conocimiento minucioso de España». <sup>22</sup> Quedan marcadas las diferencias entre el patriota y el «patriotero», que tanto abundaba entre los españoles contemporáneos del desastre.

Con esta idea comulgan todos los hombres del 98. Pío Baroja la resume con claridad y justicia: «la verdad nacional calentada por el deseo del bien y por la simpatía». Todos sus compañeros de generación exponen juicios semejantes, con lo que el parecido generacional es extremo. No dice Laín, y no sé por qué, algo decisivo que contribuiría al trazado de este parecido de forma relevante, y es que los hombres del 98, después de la amorosa crítica, no ofrecen soluciones a los males que aquejan a la patria. Aquellos hombres valientes, nobles y decididos, no dieron casi nunca el remedio tan deseado. Quizás no lo tenían. Ahora bien, guiados por la tripleta, patria, amor, verdad, fueron señalando con visión certera todos los defectos y las sinrazones que poblaban el alma de sus coetáneos, para cuya erradicación no creyeron que fuera suficiente la consigna política o la reforma socio-económica. Y así, guiados por el espíritu de la Institución Libre de Enseñanza, se limitan a difundir una serie de normas de conducta que atañen a las distintas facetas que conforman el ser humano con lo que esperan convertir al español en un auténtico patriota. «Los que sepan escuchar que escuchen, los que no, es inútil hablarles.» En esta crítica constructiva y peculiar, hecha con amor y fe, va implícita para mí la única solución efectiva. Dadas las premisas, el lector, copartícipe en la empresa, deberá sacar la conclusión que ha de llevarle a colaborar en la gran labor propuesta. En esta opinión abundan los que desde fuera, con mayor perspectiva, ven las cosas más objetivamente, y creen, al igual que el que esto escribe, que la semilla está germinando y el árbol dará fruto.

## El peso de la historia

Dentro del capítulo VI, el profesor Laín insiste de nuevo en lo que la Historia representó para el 98, haciendo una extensa y profunda investigación sobre su «historicis-

<sup>22</sup> *Ibidem*, 166.

mo». Creo que, en verdad, constituye parte esencial del libro, no en balde es historiador el estudioso, y apenas necesita comentario alguno. Me limitaré a destacar lo que creo es esencial en el estudio. Dice Laín que Unamuno, después de analizar en esencia la historia del XVI español: la mística y la castellanización, ante la disyuntiva histórica hispánica que se le ofrece, hace entrega al lector de tres soluciones: Primera, «quedar dentro del caparazón castizo y plasmar artística y figurativamente (toda acción exterior era imposible) la visión del mundo propia de nuestro casticismo histórico». Segunda, «una entrega rendida al modo de ser europeo y moderno que prevaleció en Europa después de la derrota española». Esto se había ensayado ya en el siglo XVIII sin éxito y creo que también ahora el fracaso hubiera coronado el intento. Tercera, «intentar, heroica y desesperadamente, la creación de una forma de vida en la que “nuestra casta íntima” rompiendo con el “casticismo histórico” que como consecuencia de su propia acción la envolvía, y absorbiendo lo bueno de este casticismo, fuese tan fiel a sí misma como a la Humanidad universal y eterna». Poco más o menos, como escribe Laín, lo que habían intentado la mística y el humanismo del XVI español, cuyo máximo exponente vio Unamuno en Don Quijote, a quien quiere resucitar para que en una tercera y necesaria salida, cabalgue de nuevo, al frente de los españoles, a la conquista de los dorados y «posibles» ideales. Es cierto que al llegar a 1898, Misticismo, Humanismo y Quijotismo habían fracasado, por lo menos circunstancial y aparentemente. Yo aventuraría la idea de que después de los siglos dorados, sólo al llegar a las postrimerías del XIX, cuando se toca fondo, empiezan los españoles, instigados por los del 98, a dar señales de nueva vida, a darse cuenta de la importancia del fracaso que nos llevó al desastre. También es verdad que cuando se alcanza la cima sólo queda el descenso, pero no lo es menos que al llegar a la cima no se puede más que ascender o morir. Los del 98 español, ya en la más profunda, se decidieron por la primera opción e iniciaron, a su manera, el ascenso. Habla Laín: «Estos tres puntos dan la tónica y resumen del ofrecimiento que a los españoles nos hicieron los escritores españoles, con mayor o menor profundidad, extensión o acierto, pero siempre dentro de las coordenadas unamunianas».<sup>23</sup> No se contente el lector con este escaso comentario y acuda a la fuente con la seguridad de que el poderoso manantial saciará su sed. Terminada la lectura del estudio, se puede afirmar con absoluta certeza que los del 98 fueron esencialmente historicistas.

## El español

Aclarado el concepto que de España y su historia tiene el 98, el autor se encara con el arduo cometido de entregar a quien le lee la visión que tuvieron aquellos hombres del hombre español. Será el casticismo lo que les guíe en la elaboración de este concepto. Veamos. Todos los escritores del 98, dije antes, sostienen expresa o tácitamente la peculiaridad nativa del «hombre español». Creen en Dios y en su misteriosa providencia sobre el destino del hombre; exigen su libertad política, pero afirman también la especificidad natural y nativa de los españoles. ¿Cómo? He aquí «la almendra» de la cues-

<sup>23</sup> *Ibíd.*, p. 246.

ción, cuya cáscara no es fácil de romper. ¿Cómo compaginar ideas tan distintas para hacerlas compatibles en un mismo sujeto? Como de costumbre, Laín se dirige a Unamuno. «En tres regiones de la vida humana busca Unamuno material para sus juicios sobre el hombre español: la existencia cotidiana del campo de la vieja Castilla, el estilo de los hombres que pueblan las figuraciones literarias de nuestra época clásica y el modo español de vivir en el seno de la sociedad urbana contemporánea.» Después de estudiar a campesinos, héroes y ciudadanos, llega don Miguel a la conclusión de que el hombre hispánico es *apasionado*. «Nosotros los españoles difícilmente podemos alcanzar la ironía griega o la francesa. Nos apasionamos con exceso y pasión quita conocimiento.»<sup>24</sup> Ahora bien, ¿qué es lo que nos apasiona? Según Unamuno, la vida, que para él, es la inmortalidad. No son proyectos definidos y palpables los nuestros. Apenas hay materia. En nuestra casta íntima «saltamos de lo estético y lo económico a lo religioso por encima de lo lógico y lo ético: del arte a la religión». Arguye Laín «ésa es la más entrañable y prometedora peculiaridad de la casta española» y «el fundamento del orgullo español y del optimismo de don Miguel de Unamuno».<sup>25</sup> El español es castizo y sólo a través de su casta puede salvarse. En la misma opinión abundan Baroja, Maeztu y Azorín, con la particularidad de que el primero llama al casticismo individualismo: «En España donde el individuo y sólo el individuo fue todo». Y después: «El español, como el niño, tiene una imagen anterior a la experiencia inmediata a la que somete sus percepciones. El hombre (español) rechaza lo que no cuadra con el esquema interior que tiene de las cosas».<sup>26</sup> Y un poco más adelante: «El individualismo se ha hecho fulanismo y compadreo: en España todo se consigue por acción personal». Pienso que lo que Baroja intenta decir no es sólo que el español es «individualista» sino que es «particularista». Carlos Bousoño nos explicará de modo clarividente las diferencias entre los dos conceptos. En su libro *Epocas literarias y evolución* dice así el gran poeta y crítico hablando del individualismo: «al consistir el individuo tal como lo definíamos en la “conciencia de mí mismo en cuanto soy hombre”» y en seguida: «La mirada del individualista se fija en la parte *teniendo en cuenta el todo* y cómo busca al individuo, cómo el individuo es su finalidad la mirada del individuo será a todas luces individualizante». Al referirse al «particularista», término por él creado, escribe: «Lo opuesto ocurre con el personalista o particularista que se fija ante todo en la parte, y sólo después y trabajosamente, logra, si acaso, ascender hasta el todo desatendido previamente».<sup>27</sup> Sigue el profesor Bousoño, «El individuo no llega a lo parcial pasando por lo total sino que mira directamente a lo parcial...: su actitud no implica conciencia y valoración de las dotes humanas como tales, las que tiene todo hombre, la razón, sino interés y hasta confianza en la puramente personal y privado».<sup>28</sup> Creo que al darnos su visión acertada, perspicaz y profunda, de las diferencias entre el «individualismo» y el «particularismo» Bousoño desarrolla, desgrana y clarifica el concepto

<sup>24</sup> *Ibíd.*, p. 245.

<sup>25</sup> *Ibíd.*, p. 246.

<sup>26</sup> *Ibíd.*, pp. 255-256.

<sup>27</sup> Bousoño, Carlos. *Epocas Literarias y Evolución*, E. Gredos, pág. 55

<sup>28</sup> *Ibíd.*, p. 57.

que, de esta faceta del español, tuvieron los pensadores del 98. Hacia la antinomia «individualismo-particularismo», que tan magistralmente expone Carlos Bousoño, van dirigidos los tiros de la Generación que estudiamos.

## La intrahistoria

Dijimos que hablaríamos de la intrahistoria. Ha llegado el momento. Sentado ya el principio del historicismo del 98, Laín entra de lleno en el análisis que del concepto de Historia tuvieron sus miembros. Sabido es que «sintieron» la Historia; veamos como la «entendieron». Se intenta, aquí, desvelar que es lo que de la Historia les atrae y les interesa. Resulta perogrullesco afirmar que la historia es variada, tan variada como la vida que la crea y la conforma. Ante el hecho se pregunta nuestra autor, «¿en qué faceta de la Historia centrarán su atención los del 98?» Y acude a la voz original. Habla Azorín: «Los grandes hechos son una cosa y los menudos hechos otra. Se historia los primeros. Se desdeña los segundos. Y los segundos forman la sutil trama de la vida cotidiana». <sup>29</sup> Tomando este texto como punto de partida el profesor Laín inicia su estudio del concepto histórico del 98. Unamuno, apasionado estudioso del pasado entiende la Historia «haciendo un distinto muy especial: el que establece entre *sucesos* y *hechos*, entre *Historia* e *intrahistoria*». A corroborar la afirmación acude el texto unamuniano: «(los historiadores) han atendido más a los *sucesos históricos* que pasan y se pierden que a los *hechos subhistóricos* que permanecen y van estratificándose en profundas capas». <sup>30</sup> ¿Hacia qué lado se inclina su ánimo? «Sobre el silencio augusto se apoya y vive el sonido; sobre la inmensa Humanidad silenciosa se levantan los que meten bulla en la historia. Esa vida intrahistórica silenciosa y fecunda, como el fondo mismo del mar, es la sustancia del progreso, la verdadera tradición, la tradición eterna, la tradición mentida que se suele ir a buscar al pasado enterrado en libros y papeles y monumentos y piedras.» Y sigue Laín citando: «A la intrahistoria pertenece todo cuanto comunica y funde a unos hombres con otros, las realidades y las obras más genéricamente humanas entre todas cuantas componen la existencia de los hombres». Los textos se comentan solos. Laín añade, fijando de una vez el concepto: «La historia en el sentido de Unamuno es lo consciente de la vida histórico-social y la intrahistoria lo racial e inconsciente»; para concluir, «La historia le hace a uno ser español o francés, escolástico o cartesiano, republicano o integrista; la intrahistoria, lo que en cada hombre hay de intrahistórico es lo que le permite decirse a sí mismo sencilla y solemnemente “hombre”». <sup>31</sup> Para Laín ésta es la médula del pensamiento de Unamuno sobre el acontecer humano. «La intrahistoria emerge de la historia y da sentido humano a lo que de histórico hay en cada presente; la historia pasa y se eterniza haciéndose intrahistoria o tradición eterna.» <sup>32</sup> Los dos conceptos quedan magistralmente aclarados.

El profesor Laín analiza, al igual que como con Unamuno, las ideas que sobre el

<sup>29</sup> Laín Entralgo, Pedro. La generación del 98. Primera edición, p. 262.

<sup>30</sup> Ibídem, p. 264.

<sup>31</sup> Ibídem, p. 269.

<sup>32</sup> Ibídem, p. 274.

tema tienen los demás escritores noventayochistas por lo que remito al lector a un estudio detenido del capítulo. Ahora bien, quisiera hacer un inciso. Al referirse a Azorín y su idea de la intrahistoria como «Vivir es ver volver» hace nuestro autor una casi inevitable comparación con Marcel Proust y su forma de evocar el pasado. Dice Laín, «Proust trata de encontrar y recuperar el tiempo perdido invocándolo mediante la memoria involuntaria». Con todo mi respeto por quien tanto me ha enseñado, y sólo guiado por el afán de una colaboración que me honra, quisiera decir que «tratar» al igual que «invocar» son antinomias de «involuntario», conceptos difícilmente compatibles en una definición. A mi entender Proust no «trata» de recuperar el único paraíso posible, el perdido, sino que si por cualquier circunstancia ajena a su voluntad (en la que no exista un proceso volitivo), le llega, se apresura a reconstruirlo haciéndolo suyo de nuevo al mismo tiempo que lo recupera para el lector. Creo que el proceso de Azorín es el contrario, aunque sea totalmente legítimo y alcance la misma meta. Y después de este inciso volvamos al tema que nos ocupa. El profesor Laín demuestra que además de Unamuno y Azorín, los demás miembros del 98, especialmente Baroja, Valle-Inclán y Machado, también se preocupan, cada uno a su manera de resaltar la importancia de la intrahistoria, de hacer ver al lector la superioridad del hecho sobre el suceso, de lo íntimo sobre lo externo, de lo cotidiano, que es lo verdaderamente heroico, sobre la esporádica hazaña que luego constará en los documentos, como dirá Antonio Machado de Jorge Manrique al compararlo con Calderón. ¿Cómo es posible este fenómeno de disociación entre la historia y la intrahistoria? Contesta Laín Entralgo: «Hay que buscar el nexo en el modo generacional de vivir su situación histórica de españoles. Todos sienten con amargura, y con ferocidad, a veces la terrible inconsistencia histórica de aquella España: aquella España que no les gusta... les desplacen las mezquinas tentativas modernizantes igual que las consecuencias visibles y operantes de la historia pretérita». Después se pregunta el historiador: «¿Hubieran pensado así en caso de vivir una situación de España históricamente satisfactoria para ellos?»<sup>33</sup> Tampoco yo me atrevería a contestar a esta pregunta. Si para ellos España es Historia y en esos momentos no la tiene o la que tiene, a su entender, no es válida, ¿qué hacer entonces? Yo creo que la Generación tuvo que sustituir la detestable historia que España tuvo en su época por una intrahistoria, diseñada de acuerdo con su pensar, de la que tanto necesitaba la patria para poder alcanzar de nuevo la Historia que merecía. Es decir, el 98 se encontró con una España que necesitaba ser heroica para volver a ser España, pero no heroica al modo tradicional, medieval, batallador, cruento e inalcanzable, sino en el sentido moderno de la palabra, heroico en la cotidianidad, en el cumplimiento diario del deber. No hace falta que el Cid cabalgue de nuevo, sino que Cajal y Giner sigan lanzando consignas y consiguiendo discípulos, de ciencia y vida. Si lo pensamos bien, esa tercera salida del Quijote por la que advoca Unamuno no es una excursión encaminada hacia el triunfo o la conquista de ínsula alguna, sino hacia la conversión a la rectitud y al bien del hombre español. Al encontrarse con la abulia y el marasmo de los españoles de su época, los del 98 entendieron —y les guió el acierto— que la verdadera situación límite en la que suele darse el héroe histórico, era el estado de desesperación en

<sup>33</sup> *Ibídem*, pp. 301-302.

el que se encontraban y en el que vivían día a día los españoles de entonces, para resolver la cual no se necesitaba un héroe salvador a la antigua usanza —que por otra parte no tenían— capaz de conquistar un nuevo Imperio, sino un héroe intrahistórico, el antihéroe —que ellos adivinaron iba pronto a convertirse en centro y eje de la sociedad moderna— que día a día cumpliera con su deber de ciudadano honrado, de hombre auténtico, de verdadero patriota, haciendo historia a través de lo que ellos llamaron la intrahistoria. Esta fue la consigna y la semilla. El término y el concepto de intrahistoria sigue vigente, adquiriendo con los días, una mayor actualidad.

## La ensoñación

La acción no produjo efecto; sólo quedaba el ensueño.

J.V.

Y así fue, la acción política no produjo efecto inmediato; la protesta, la rebelión, la palabra acusadora, su dolor, las consignas lanzadas parecieron quedar en el aire, y el desencanto les llevó al ensueño. Después de predicar la reforma, de intentarla con todos los medios a su alcance y ver que la respuesta era negativa, ¿qué otro refugio les quedaba? Soñar. Y así lo hicieron. Y sin abandonar la lucha, el duro imperativo que traducía su pensar fue sustituido por el deseo —tan fervoroso como aquél— convertido en ruego. Algunos llegaron casi a contemporizar. Cansado su espíritu de tanta batalla, todos soñaron. Y soñaron lo que todo hombre sueña, que su sueño se hacía realidad.

Soñaron que el fracaso había sido un éxito. Dice Laín que debido al fracaso «habían sido condenados a la soledad por el tribunal del mundo propio» y añade «que se evadieron del fracaso hacia el ensueño porque supieron excavar en el suelo de su propia soledad hasta hallar la vena siempre preciosa que la soledad siempre contiene. *«Quand a de conseils seul en donne la solitud...»*, dice Laín citando a Mallarmé. Escucharon en el silencio el consejo y esto les libró de caer en el resentimiento. Triunfadores en el campo literario, cumplida su vocación, después de aquilatar y embellecer sus proyectos juveniles sobre España los convirtieron en sueños y su crítica, que les acompañó siempre, ya no fue hecha «desde la situación caminante del reformador, sino desde la situación contemplativa del soñador que ha dado forma acabada a su propio ensueño».<sup>34</sup>

¡Qué gran verdad la que acaba de expresar Pedro Laín Entralgo! Para redondearla comentar el autor el famoso retrato del caballero enlutado de Azorín, símbolo perfecto del ensueño, retirado, pensativo y ensimismado del que Machado dirá: «¿Por qué le hará llorar el son de la marmita y el ascua del hogar?» Yo me pregunto: ¿Qué otra cosa podían hacer los también ensimismados del 98 para olvidarse de la circunstancia vital que les tocó en suerte sino llorar sus sueños y vivir con ellos y de ellos? No les satisface el mundo real, su «hogar» y su «marmita», y por medio del ensueño intentan la evasión hacia el que su ideal les fabrica. No será fácil la fuga. La realidad apenas admite cambio

<sup>34</sup> *Ibidem*, p. 319.

alguno. Nadie es capaz de crear. Al hombre, a lo sumo, se le ha concedido combinar, combinaciones que sólo puede realizar con aquello que le fue concedido sin contar con su voluntad. La negación del mundo, que apenas resiste la más leve mutación, es imposible. Como dice Laín: «El soñador, en suma, edifica sus sueños *transmutando* los elementos del mundo real en esencias y conceptos, figuras o sentimientos». Y así transcurrieron las vidas de aquellas almas egregias «transmutando» los elementos que conformaban la patria en ruinas en otros capaces de devolverla al esplendor de un pretérito glorioso. El ensueño fue su gran arma y su única alternativa.

Pero veamos cuál fue el contenido de su sueño. Como siempre salir de la realidad para que se cumpla el deseo. ¿Y cómo era «su» realidad? Dice Azorín: «En realidad la vida no es más que la representación que tenemos de ella». Ha leído a Schopenhauer y sus teorías constituyen —a este respecto— el nexo de unión con sus compañeros. Y aunque quizás con esto sólo descubra el Mediterráneo me siento obligado a decir que «el mundo como voluntad y representación» tuvo un papel decisivo en el por qué y el cómo de los sueños y ensueños de aquel grupo de escritores. Si el mundo es en realidad la representación que de él tenemos, representémoslo como queremos que sea, y no como es, pues éste, junto a la circunstancia que nos ha tocado vivir, no nos es grato. La predisposición al ensueño es clara. No creo que haya otro modo que el de soñar para cambiar «ipso facto» la realidad que nos circunda. Y los del 98, conscientes de ello, se entregan a soñar, despiertos, su sueño. Pero, ¿qué clase de sueño es éste? Contesta Laín, «no son los suyos ensueños etéreos y vagos, como los del romanticismo nórdico, sino corpóreos y reciamente estructurados». <sup>35</sup> Veámoslo.

## La tierra

Es el primero y obviamente de gran importancia. Como ya hemos visto, se nos da una nueva lectura del paisaje. «Su hastío de la Historia les lleva a buscar en la naturaleza el apoyo de su existencia.» Y Unamuno dirá: «es sumergirse en el paisaje lo que nos hace recobrar la fe en un dichoso porvenir de España». La visión machadiana de la tierra será una transfiguración lírica, soñadora de la realidad objetiva. Machado, que a mi entender en este capítulo le arrebató el liderazgo a Unamuno, es sin duda el más soñador de todos. En Machado hasta las cosas sueñan. De todos modos, la tierra que nos ofrece el 98, casi en su integridad, es una tierra soñada, un paisaje engendrado por el deseo, que sólo interpretándolo como parte de ensueño adquiere su verdadero significado. No insistiremos en este concepto porque ya lo hicimos antes cuando hablamos del paisaje.

## El hombre soñado

El hombre es el segundo estamento real que compone la imagen de España. ¿Cómo ven al español coetáneo los del 98? Dice Laín: «El espejo en que tan variada realidad se ordena y tipifica es a veces la crítica, la invención literaria otras». Los dos procesos les llevan a la misma meta, «la descripción de la peculiaridad que distingue a los restantes tipos humanos del español real». <sup>36</sup> ¿Pero es al español real a quien prestan su aten-

<sup>35</sup> *Ibíd.*, p. 349.

<sup>36</sup> *Ibíd.*, p. 372.

ción los noventayochistas? Después de leer el apartado decidí titularlo «El hombre soñado», porque creo que queda así definido. El mismo autor me dio la idea cuando al hablar del español real dice: «No es éste, sin embargo, el que habita la España soñada por los literatos del 98. Es el habitador de esa España un español ideal, cuyas notas distintivas están obtenidas por la lixiviación onírica —si se me permite hablar así— de las que todos ellos ha observado en el español real. Han lixiviado al español real, al tipo descrito como español real, con las aguas lustrales del ensueño; han separado así el oro de la escoria, y con el oro restante cincelan la maravillosa figura de un español posible y soñado».<sup>37</sup> Es decir, han visto y conformado al hombre español con una mirada preñada de ideas personales que les habían llevado hasta soñarlo, y la figura trazada no es la del español real sino la del ideal y soñado. Pero como en realidad este hombre ideal no existe —«Hominem non habeo» hubieran podido repetir los del 98— hay que buscar un modelo a seguir en el pasado que sea capaz de sobrehumanizar al español actual y un hombre que no fuera, como Cristo, también Dios. Sólo quedaba un «capestader» (catalán por jefe, caudillo, héroe, portavoz de una idea) hacia donde volver la vista, el héroe español por excelencia, el mito que constituye la esencia del alma ibérica; Don Quijote de la Mancha, nuestro Ulises, *Hijo de España*, como Cristo había sido *Hijo del Hombre*. Ahí estaba la redención de la patria, que sólo así podía cumplirse. España había encontrado un redentor. Alonso Quijano el Bueno fue el arquetipo sobre el que iba a configurarse el español deseado. Alta era la cima, pero necesaria e inevitable, pues el Caballero reúne todas las condiciones exigidas; además es bueno es emprendedor y no abúlico, esperanzado y no abatido, noble y no mezquino, patriota y no «patriotero», libre —en contraste con el esclavo en que se había convertido el español finisecular desde el famoso «Vivan las caenas»—, lleno de ideales, su espada hiende los cielos de la Castilla más ancha en defensa de los que «padecen hambre y sed de justicia», apenas sonrío y jamás se acuerda (al contrario del típico español decimonónico) del Pan y de los Toros. Como no tiene vanidad, no es pesimista como lo fueron sus compatriotas del desastre, sino que teniendo plena consciencia de que le acompaña el deseo del bien, sabe que tarde o temprano ganará la batalla emprendida para enderezar los entuertos de los hombres, para combatir con las máquinas que, con asombrosa clarividencia, vio que eran gigantes que un día se rebelarían contra sus inventores. Además, amaba a Dulcinea, y su amor era inmarcesible. Es la quijotización del hombre español. Laín abunda en la idea al decir hablando del problema: «Los hombres, refiriéndose a los España, a los que buena falta les hacía la locura, siempre al bien dirigida, del último caballero andante».

## El pasado

Al hablar del tercer estamento, éste ya real, dice Laín: «¿Será meramente estética la causa de tal dilección? ¿No habrá junto a la razón estética, debajo de ella, tal vez una razón histórica y española?»<sup>38</sup> Según el historiador, los del 98, al enfrentarse con

<sup>37</sup> *Ibidem*, p. 372.

<sup>38</sup> *Ibidem*, p. 398.

la situación histórica de España, se encuentran con una nación dividida entre los que se llaman tradicionalistas y los que forman el partido progresista. Los primeros por encasillados no les sirven, y los segundos por miméticos de Francia e Inglaterra tampoco. Es entonces cuando inventan un nuevo partido, yo diría una nueva forma de pensar, *el tradicionalismo primitivo o medieval*, soñando con una España originaria y pura «en el que apoyan la ineludible necesidad del pasado que tiene el hombre. Este manantial de la historia de España sólo puede brotar de Castilla, “esa Castilla virginal y auténtica” donde se encuentra “la sencillez y espontaneidad de los primitivos”». «El mito de Don Quijote y el de Castilla son en efecto, los dos grandes recursos de energía espiritual que nos han legado a los españoles los soñadores del 98». <sup>39</sup> Basándose en esta visión histórica, los hombres de aquella generación trabajan y luchan por un futuro mejor.

## El futuro

En tres conceptos basa Laín Entralgo su meditación sobre la idea que del futuro tiene el 98: el proyecto, el ensueño y la esperanza religiosa. «El proyecto» es una esperanza terrenal próximamente posible. El ensueño es una esperanza terrenal muy remotamente probable, imposible casi, esto es, utópica. «La esperanza religiosa» consiste en situar lo que se espera —la propia felicidad, en último extremo— en una zona de la realidad rigurosamente transhistórica, escatológica, en la cual se cree. <sup>40</sup> Los noventayochistas llegan al «proyecto a través del ensueño con el que logran evadirse del presente». Estos ensueños, siempre según Laín, son semiutópicos y semiutópicos (un poco fuera de la realidad y el tiempo). Por ejemplo, Unamuno vive en un futuro entre histórico y escatológico, más que en un presente real. Dentro de su existencia cotidiana alienta siempre «un espíritu encendido y lírico cuyo mundo era el de todos los poetas cuando lo son de veras: la humanidad permanente y el futuro», <sup>41</sup> es decir, lo que el hombre es y lo que quiere llegar a ser, «Sube, sube, pues, para que te broten alas, porque deseando volar te brotarán» dice en el ensayo «¡Adentro!» Y es que Unamuno contaba siempre con llegar a la «sobrevida». También soñaba con llegar a la libertad y su futuro se conformaba con la idea de que «cada cual se desarrolle como “él es”» y con la inquietud por cambiar «el cambio provechoso», el chapuzarse en el propio pueblo; «la intrahistoria», la colaboración; «los hombres y los pueblos se redimen unos por otros», no hay posibilidad de autoredención. De todo esto arranca el futuro de España que hemos de crear con el recuerdo y la esperanza. El resumen lo entresaca Laín del libro esencial para el estudio del tema, *En torno al casticismo*, en donde se nos da el protagonista, el método y la meta. Después, Unamuno, como un crustáceo, se encerrará en sí mismo y en sus ideas y pedirá que dejen dormir a Sancho su sueño lento, oscuro y monótono, «y que no lo sacrifiquen al progreso, por Dios que no lo sacrifiquen al progreso», equivalente al tan criticado, «Qué inventen ellos», llevando las cosas a un extremo del cual se arrepentiría don Miguel para adoptar más tarde

<sup>39</sup> *Ibíd.*, p. 409.

<sup>40</sup> *Ibíd.*, p. 410.

<sup>41</sup> *Ibíd.*, p. 411.

una postura ecléctica: Europeizarnos pero «haciéndoles tragar lo nuestro, lo genuinamente nuestro, a cambio de lo suyo». Y tenía razón. No se puede perder la personalidad a cambio de un futuro brillante, aunque tampoco es preciso imponer esta personalidad a nadie. Creo que por este procedimiento, España ha ido adquiriendo más importancia cada día en el concierto europeo y la esperanza sigue viva hoy. Diremos con Unamuno que «la esperanza, como la fe, crea su objeto». Al igual que el gran ensayista, también sus compañeros de generación han soñado el porvenir de España. «El hombre es un animal de ciencia y de orden», dirá Azorín. El futuro ha de basarse en estas dos virtudes. Y hablando de la Historia de España: «Lo inacabado tiene un profundo encanto. Esta fuerza rota, este impulso interrumpido, este vuelo detenido ¿qué hubiera podido ser y dónde hubiera podido llegar?» Que tome el lector el hilo donde lo dejaron aquellos hombres de los siglos dorados y continúen el magnífico tapiz, cuyo tejido, circunstancias adversas interrumpieron.

Recoge Laín las opiniones referentes al tema del resto de los escritores del 98, y al llegar a Machado, el análisis se torna más profundo y detenido. En Machado el tema de Castilla-España es omnipresente. Tres textos aduce Laín como tema de su preocupación por España y su futuro. El primero reza así:

Salud, paz española,  
si no eres paz cobarde, sino desdén y orgullo.  
Si eres desdén y orgullo, valor de ti, si bruñes  
en esa paz, valiente, la enmohecida espada,  
para tenerla limpia, sin tacha, cuando empuñes  
el arma de tu vieja panoplia arrinconada;  
si pules y acicalas tus hierros para, un día,  
vestir de luz y erguida: «Heme aquí, pues, España,  
en alma y cuerpo, toda, para una guerra mía,  
heme aquí, pues, vestida para la propia hazaña»,  
decir...

Comenta nuestro autor, «quiere Machado que sea (España) la sal de la humanidad, la conciencia limpia en que los hombres se sonrojen de sus odios y concupiscencias:

vergüenza humana de esos rencores cabezudos  
con que se matan miles de avaros mercaderes P. C., pág. 239.

En el segundo «la quiere mediatizada, Marta y María de la Historia Universal». Yo añadiría que joven, activa, valiente, enraizada en el pasado, castiza en su raza, pensante y decidida.

Mas otra España nace,  
la España del cincel y de la maza,  
con esa eterna juventud que se hace  
del pasado macizo de la raza.  
Una España implacable y redentora,  
España que alborea  
con un hacha en la mano vengadora,  
España de la rabia y de la idea.

Y finalmente también libre, universal, al concierto europeo incorporada después de haber acabado con la inquisición que el segundo de los Austrias desde el Escorial impusiera:

Y que Felipe austero  
al borde de su regia sepultura,  
asome a ver la nueva arquitectura  
y bendiga la prole de Lutero.

El último verso tiene un especial y profundo significado que Laín traduce así: «Que un nuevo Escorial del espíritu sea edificado». Se podría aducir que, con su verso, Machado se acerca, casi se adhiere, a la doctrina que informa el pensamiento religioso de la Institución Libre de Enseñanza: el Krausismo, cuya aceptación se ve clara en el resto del poema. De acuerdo con Laín en que esta obra de aceptación no ha de ser alemana ni protestante, sino que ha de realizarse por medio de la conversión peculiar de estas ideas foráneas a nuestra idiosincracia, como así fue, como siempre fuera. No es España país propicio a la copia servil. Habla Laín Entralgo: «La España del 98 se encontró con el dilema de encerrarse en sí misma y quedarse para siempre en su Siglo de Oro con lo que era imposible asimilar *españolamente* el alimento histórico ofrecido por el mundo moderno recreando y aprovechando todo lo que de *españolamente* aprovechable pudiera hallarse en ese mundo». Los hombres del 98 se decidieron por la segunda opción y advocaron por un futuro español europeizado.

Prosigue Laín con perfecta lógica. «El problema queda ahora reducido, ya se ve, al modo de entender la palabra “españolamente”». Y aquí entra de lleno en el tercer concepto enunciado posteriormente: «la esperanza religiosa». Unamuno, Ganivet y Antonio Machado («Esa tu filosofía... gran don Miguel es la mía») la entienden de *un modo vagamente cristiano*, separado muchas veces de la ortodoxia católica, mas no situado frente a ella con el criterio denegador de disidente fanático. Creo, decía el pobre Antonio Machado

en una fe que nace  
cuando se busca a Dios y no se alcanza P. C., pág. 234.

y cuando confiesa la existencia de sangre jacobina —unas gotas— en sus venas, lo hace como si el alma del poeta se ruborizase, como si eso fuera un pecado poético.

Hay en mis venas gotas de sangre jacobina,  
pero mi verso brota de manantial sereno.

«“Pero...” En esa palabra está todo lo que Antonio Machado pudo ser y no fue».<sup>42</sup>

Después de leer detenidamente este análisis que del significado del vocablo *españolamente* hace Pedro Laín, vemos que el problema, como él dice, es arduo y queda sin resolver. El historiador-filósofo adopta la postura católica en el estudio de los textos y los hechos que éstos traducen, lo que me parece muy lícito, pues católico es Laín Entralgo. Sin embargo a mí, que también lo soy, me parece que su visión es a veces unilateral y deja ver con claridad que no se había producido aún el Segundo Concilio Ecuménico. Por ejemplo; la frase referida a *españolamente* reza: «la entiende de un modo vagamente cristiano, separado muchas veces de la ortodoxia católica, mas no situado frente a ella con el criterio denegador del disidente fanático» encierra tres conceptos, tres ideas claras con dos de las cuales, las dos últimas estoy de acuerdo, pero no con

<sup>42</sup> *Ibidem*, p. 443.

la primera. Creo que parodiando a Machado se puede decir de él como de Unamuno, que son en el buen sentido de la palabra cristianos, y no de un modo vago sino en el más definido, es decir, en el modo de pensar y actuar, en el modo de vivir. Y sino ahí está para probarlo su doctrina y su conducta destilando auténtico cristianismo. Tampoco veo, con la claridad necesaria, por qué Laín llama a Machado «el pobre Antonio Machado» intentando una justificación del apelativo en dos de sus versos: «en una fe que nace / cuando se busca a Dios y no se alcanza», versos que no sólo nos indican ninguna pobreza en don Antonio, sino que revelan su gran riqueza de espíritu, la gran verdad del hombre que busca a Dios y no lo encuentra, como a otros tantos y tantos seres humanos. Rico don Antonio Machado que tiene una fe que duda, y por lo tanto está viva, y dedica su vida a la búsqueda de un Dios en cuya posesión no se cree nunca por humildad y bien entendido cristianismo. Tampoco Cristo se creyó nunca, a pesar de su filiación, en la posesión de Dios y se limitó a una evangelización ejemplar, obediente al resultado de su oración esperanzada, pero sin tratar de «alcanzar» al Padre. Así pues, pienso que la afirmación que hace Machado está dentro de las coordenadas cristianas y es válida para los seguidores de Cristo. Y sigamos con los versos que a continuación transcribe Laín Entralgo y su comentario sobre el «pero...». Ser poeta y tener unas gotas de sangre jacobina no son, a mi entender, antinomias, sino todo lo contrario, por lo que no creo Machado pudiera avergonzarse de ello. Todo poeta, necesita, con su inevitable rebeldía, hacer su pequeña revolución. No veo pues lo del «sonrojo poético» al que alude Laín ante la afirmación machadiana. Pienso que don Antonio en vez de sonrojarse lo que hace es enorgullecerse de sus antepasados anticonformistas y liberales de los que ha heredado sus ideas, aunque al poeta dé preferencia a la serenidad de su verso. Pedro Laín busca en el «pero...» del verso la explicación de la personalidad de Machado al decir «En esa palabra está todo lo que Antonio Machado pudo ser y no fue». Antes que nada vaya mi admiración y mi respeto por el maestro y amigo, pero pienso que en ese «pero...» va implícito una gran parte de lo que Antonio Machado fue y sigue siendo: el hombre auténtico, capaz de la revolución más serena a través de la expresión poética, sólo obediente a los dictados del corazón. No sé si esta opinión será en exceso aventurada o tal vez errónea, pero sólo como contribución a un mayor acercamiento a la verdad la expongo.

El libro *La Generación del 98* termina con un párrafo escueto en el que se resume lo antes expuesto y que es revelador por esquemático y jerarquizado en cuanto a la importancia de las ideas, mitos y ámbito, que constituyen el ensueño de España. Lo transcribimos íntegramente:

Han desfilado ante nuestros ojos los ensueños de España que imaginaron los escritores del 98. En el alma de todos tiene ese ensueño la misma estructura: una tierra, unos hombres, un pasado y un futuro posible se articulan mutuamente y se codeterminan dentro de la radical unidad de la España soñada. Tres mitos históricos debemos al ensueño de esta generación, y los tres van a operar visible o invisiblemente sobre los españoles que tras ella despiertan a la historia de España: el mito de Castilla, la tercera salida de Don Quijote y una España venidera en la que se han de enlazar nupcial y fecundamente su peculiaridad histórica e intrahistórica y las exigencias de la actualidad universal. En el orden de la creación intelectual, y con criterio ortodoxamente católico, es Menéndez Pelayo el primer soñador de esa España. Luego vienen los hombres del 98, y ellos amplian el ámbito del ensueño a todas las actividades en que se distiende íntima y socialmente la existencia del hombre: la creación artística, el pensamiento, el idioma, la ciencia, la convivencia social. Más tarde, vendrán y vendremos otros. Cada uno interpretará

a su modo los mitos recién creados. Sobre el alma de todos, sépanlo o no lo sepan, gravitará el peso, dulce y desazonante a la vez, del ensueño que inventó en el filo de los siglos XIX y XX una parva gavilla de españoles egregios.<sup>43</sup>

No me resisto a transcribir lo que creo es esencial en el magnífico libro de Laín: «Desde la verdad y hacia la verdad está esto escrito y yo pienso, allá en lo íntimo de mi corazón, que a los del 98 les hubiera gustado ser así definidos, “parva gavilla de españoles egregios”». Ni sobra ni falta una palabra, y lo que es más importante, su adecuación al sujeto definido es perfecta e irreprochable, la única que ellos hubieran quizá aceptado allá en lo íntimo de su conciencia.

## Epílogo en tres actos

Y acabamos el trabajo, trazando un círculo azoriniano, por donde lo habíamos empezado en el «Epílogo en tres actos». Aún le quedaba algo que añadir a Laín para llevar a feliz término su exhaustivo trabajo. Faltaba que Machado pudiera decir: «mas cada cual el rumbo siguió de su locura», refiriéndose a la locura del ensueño que les animaba, y también que Unamuno, siempre desgarrado, les gritaba a los españoles, «¿Hemos encontrado a la patria? No, no la hemos encontrado. ¿Cuál fue nuestro pecado? Partimos a buscar una patria, no una hermandad». Que acertada visión la de Unamuno. El español sincero, ante la contemplación del panorama que le ofrece su patria, ha de confesar que «se ha quedado sin patria ni hermandad». No era ése su sueño. Quizás se diera cuenta tarde, pero se la dio de que sin hermandad no se puede hacer patria. Y soñó. Y su sueño sigue siendo válido. Dos capítulos, uno titulado «Quod erat demonstrandum» inicio de este trabajo y otro que reza «Otra vez Castilla» dan feliz término al libro estudiado. En ellos, el autor comulga en fondo y forma con los hombres cuya biografía magistralmente traza. Esta conjunción era necesaria porque si el pensamiento de Laín fluye por cauces similares a los del 98, la forma, que es sólo el fondo aflorando a la superficie, tenía que ser también la misma. Representa este capítulo una declaración abierta y noble de la unisonidad anímica, sobre todo en lo que a la esperanza atañe, del biógrafo y los biografiados. «Pero quien antes de morir supo vivir con decoro y soñar noblemente ése no muere sin patria ni hermandad», «lo que fue sueño vive y vivirá siempre en la hermandad de cuantos sueñan hoy y sueñan mañana la existencia de una España limpia y ejemplar.»<sup>44</sup>

No será fácil añadir algo a lo ya dicho por Laín, queremos sin embargo decir que el erudito tiene un propósito que es no sólo «contar lo que pasó» como cualquier historiador objetivo sino probar, esgrimiendo toda clase de argumentos, que el grupo de escritores que se agrupan alrededor de la fecha 1898 constituyen una verdadera Generación. Y esto queramos o no lleva implícito miras más altas, dificultades mayores. Laín Entralgo consigue establecer una espíritu generacional basándose en un análisis y una confrontación del parecido ideológico y la equiparación de conducta que animó la obra y la vida de los hombres del 98. A lo largo del tratado hemos visto que no todos los escritores biografiados tienen un pensamiento común, una total coincidencia ideológica ante los problemas que su circunstancia les plantea, pero después de la lectura dete-

<sup>43</sup> *Ibíd.*, p. 444.

<sup>44</sup> *Ibíd.*, p. 451.

nida del estudio de Laín resulta obvio a la vez que gratificante que se ha logrado una exhaustiva recopilación de textos definidores y definitivos, más una significativa serie de datos, los más representativos de su obra y vida, que constituyeron el fondo común de su pensar, la esencia de su filosofía, por lo que fueron marcando los cauces por los que transcurrió su vida. Esta comunión de ideas y actitudes esenciales nos permiten afirmar la existencia de un grupo coherente de escritores que agrupados alrededor del desastre, del que tomaron su nombre, constituyen lo que se puede llamar con toda propiedad La Generación de 1898.

Sólo queda recopilar las características mencionadas por Laín Entralgo como comunes a la Generación y ver si podemos aportar alguna más surgida durante cerca de seis lustros de docencia.

Comienza Laín su peregrinación por el paisaje y afirma:

1. Los escritores del 98 descubren e inventan el paisaje de Castilla.
2. Lo describen de un modo subjetivo, relacionándolo con los hombres que lo habitaron y su conducta histórica. Hacen una lectura subjetiva del paisaje. Estamos ante el impresionismo.

En el apartado de este capítulo titulado «Los hombres del 98» se nos entregan dos datos más:

- 1.º Todos triunfan en la palestra literaria entre 1890 y 1905.
- 2.º Se enumeran con detalle los miembros de la generación;

En el capítulo II «¿Generación del 98?», a través del estudio de Pedro Salinas sobre las características generacionales, llegamos a concluir que:

- 1.º Existe una cronología coincidente en cuanto a nacimiento y triunfo literario.
- 2.º El autodidactismo es el denominante común que tipifica la educación de todos ellos.
- 3.º Hay una relación personal que se traduce en actos públicos realizados conjuntamente.
- 4.º Una serie de acontecimientos históricos influyen en su trayectoria vital y creadora de manera singular.
- 5.º Tienen un caudillo junto al que agruparse: Nietzsche.
- 6.º Se denota la posibilidad de un lenguaje generacional.
- 7.º Se protesta contra el anquilosamiento de la generación anterior. Protesta obvia en postura y pensamiento.

Nuevos datos aporta el capítulo «De limo terrae»: los geográficos:

- 1.º Nacen, sin excepción, en la periferia de España.
- 2.º La adopción de Castilla como representación de la patria es unánime.

Del magistral capítulo «El sabor de la historia» se puede concretar:

- 1.º La lucha contra la abulia y el marasmo.
- 2.º El historicismo.
- 3.º El autodidactismo ya mencionado, que aquí se estudia en toda su extensión y profundidad.
- 4.º El europeísmo a veces proclamado.
- 5.º El problema religioso patente en casi todos ellos, en el que se inicia un incipiente existencialismo.

De «Amor amargo» deducimos que su amargo amor les llevó a ser:

1.º Críticos esperanzados, como corresponde a toda generación alimentada por un desastre nacional.

2.º Esta crítica la decide «el peso de la historia», lo que confirma la tesis de su historicismo.

En «Historia sin Historia» se explica con toda claridad el concepto peculiar que de la Historia tuvieron aquellos hombres, y se introduce un término y un concepto definidor que ellos acuñaron: la intrahistoria.

Y de la «intrahistoria» pasamos al ensueño, el último refugio que les queda:

1.º Es el ensueño lo que da carácter a la vida y el arte en el 98, y sueñan para liberarse de la triste realidad con una patria primitiva, originaria y pura, basando sus vidas en el proyecto y la esperanza (que sus creencias les proporcionan).

Estas son en definitiva las características que se coligen del estudio de Laín Entralgo sobre la Generación de 1898.

Poco tenemos que añadir a lo dicho por el maestro. Alguna ligera variante surgida durante los años de discusión en clase.

Digamos, parodiando a Unamuno, que en su patriotismo exagerado, les duele España, pero no por eso son particularistas y patrioteros, sino individualistas y patriotas. Y hemos explicado ya estos cuatro conceptos.

No les falta la fe en el futuro de la patria, que puede salvarse por la intrahistoria.

Para alcanzar este futuro, España debe integrarse en el concierto europeo, sin perder sus características étnicas. Hablamos de la «europeización». (¡Qué sorprendidos se quedarían los del 98 al ver que España está en peligro de perder su identidad no por incorporarse al concierto europeo sino por influencias foráneas de todas clases y que en la mayoría de los casos son ajenas a Europa!)

Son hombres de gran vida interior: interioristas. Aunque críticos, no se ofrecen soluciones prácticas a los problemas que afectan a la patria.

Es claro el abandono del Modernismo y la creación de un nuevo estilo directo, sencillo, carente de retórica, como corresponde a cualquier generación de postguerra.

Son creadores polifacéticos, pues cultivan todos los géneros literarios, aunque a cada uno le corresponda la representación de alguno específico. Unamuno es el ensayo, Baroja la novela, Valle-Inclán el teatro, Machado la poesía, Azorín la depuración del lenguaje: el estilo.

También quisiéramos mencionar la celebración de los distintos actos públicos en los que participó la mayoría más representativa de la Generación: la manifestación promovimiento al soldado desconocido, el homenaje a Larra y el banquete de Aranjuez, para celebrar la publicación de la novela de Baroja, *Camino de perfección*.

Queremos dar alguna otra idea común al pensamiento del 98, aunque no sea tan obvia y se preste a posible discusión. Sobre todo en Unamuno, Baroja y Machado todo está en el hombre y el hombre es todo. Esta idea les acerca al existencialismo de Kirkegaard, cuyas teorías conocían muy bien. Podíamos, pues, decir que el existencialismo presarrtriano influye en sus escritos de un modo decisivo, aunque no forme en ellos un cuerpo de doctrina.

Algo más nos interesaría destacar y es que la Generación del 98 reúne las características esenciales de toda generación de postguerra: en el caso que nos ocupa más obvias, ya que corona un proceso de decadencia iniciado dos siglos antes que culmina con el desastre. Se quieren ganar nuevas batallas con plumas y espadas —sobre todo con las primeras— porque se anhela volver a los siglos del dorado esplendor.

También queremos decir que es una Generación eminentemente ensayista. El ensayo es primordial y constituye la esencia de su pensamiento. En la novela o en el teatro el autor acaba, muchas veces, por identificarse con los personajes, con los tipos recreados, y no es esto lo que buscan los del 98. El intento es que los lectores se identifiquen con sus ideas, sin que se erosione el carácter de los mismos, y esto les lleva a convertir en ensayo gran parte de los géneros cultivados. Casi podrían haber gritado con Elías Canetti, «El Estado debería prohibir las novelas». Baste recordar la novela de Unamuno o Baroja, y la poesía de Machado, el último teatro de Valle-Inclán, para convencernos de esta verdad. Son pues, con ciertas excepciones, ensayistas. Se les puede aplicar para definirlo, el párrafo del profesor Tierno Galván de su artículo «El intelectual y el ensayo», publicado en «El País» del 26 de julio de 1983: «Sin embargo al caer las grandes seguridades y ponerse en tela de juicio los supuestos, iniciáronse los ensayos en cuanto modo generalizado de expresarse el intelectual, que a su vez florece como culto impuesto por un subterráneo aunque acuciante descontento. Así el grupo universitario que llamamos Generación del 98 defínese fundamentalmente por el ensayo. Todos fueron antes que otra cosa ensayistas».

No quiero dar un resumen de lo ya apuntado; sólo sería una lista de hechos e ideas esenciales de la Generación. (Y si no que alguien me dé las reglas necesarias para transmitir la verdad, que piensa poseer el escritor, a los posibles lectores como si de una fotografía se tratara. No se consiguió aún la fórmula.) Sólo queda resignarse a decir lo que se intenta decir —contando con la traición de la palabra siempre rebelde— y confiar después en la capacidad de captación y asimilación del que lee. Concebir otro proyecto es inútil. Al trabajo pues, y que cada uno saque sus consecuencias, una vez recogidos los elementos con que cuenta, después de esta lectura, que espero le ayuden a entender, no a definir, este tercer Siglo de Oro de nuestra literatura.

Sólo quisiera añadir que el 98 es el resultado de una situación y un momento histórico que no admitía otra actitud. *The Theory of The Challenge and The Response*, de Arnold Toynbee, comentada ampliamente después en España por Ortega y Gasset, puede servirnos de gran ayuda para el entendimiento del pensar y actuar de esta Generación. El grupo del 98 se encuadra de lleno dentro de esta teoría, pues no es más que una respuesta a un reto que le impuso la circunstancia histórico-social que le tocó vivir. El desastre del 98 fue el reto, la respuesta la dio la Generación que de aquel acontecer tomó su nombre.

Ya lo dije. Poco habría que añadir a lo expuesto, pues pocos resquicios quedaron sin escudriñar por la preclara mente del gran pensador, por la honrada y penetrante crítica del auténtico erudito que es Pedro Laín. Un día oí decir a un intelectual amigo, allá en la década de los 50, «lo que España necesita son muchos “Laínes”». Y los sigue necesitando.

**José Vidal Bernabeu**